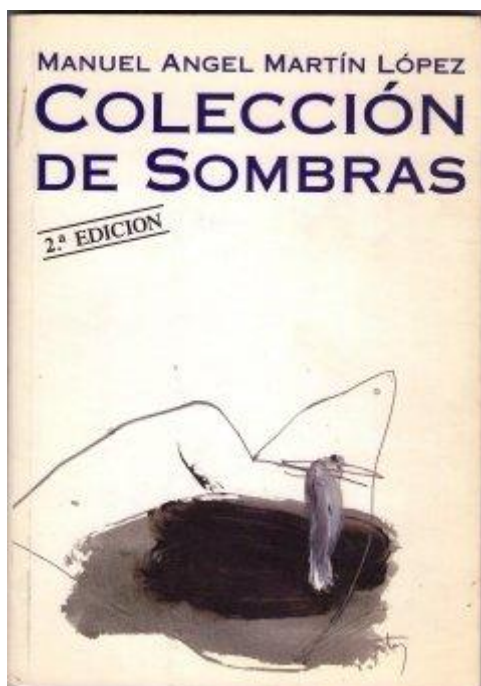


**La responsabilidad introspectiva del poeta: *Colección de sombras* (1990) de Manuel Ángel Martín López**

Sara Reig Lebrato  
Licenciada en Psicología  
Universidad de Sevilla

*Retales de mi vida,  
fotos a contraluz*  
M. García

En *Colección de sombras* (Col. Algo Nuestro, Gallo de Vidrio, 1990), de Manuel Ángel Martín López –que fue miembro de Gallo de Vidrio en la década de los años 90- cada poema es un pedazo de la realidad pasada y presente del poeta, manejando a su gusto las sombras a la luz de un sol naciente como solo alguien que ha vivido puede hacer. Sombras que llenan el día a día de esperanzas tangibles. Donde lo real y lo bucólico se hacen uno huyendo de palabras lánguidas y tristes y alumbrando lo maravilloso de cada momento de la vida.



**Portada de *Colección de sombras* (1990). Ilustración de portada, José Manuel Pérez Tapias.**

Pero ¿qué son las sombras? ¿Qué es la realidad? Cogidas de la mano, no tienen razón de ser la una sin la otra. Las sombras, aquellos recuerdos, imágenes o ideas que tenemos de lo que nos acontece a lo largo de la existencia, configuran nuestra esencia y lo que nos hace ser únicos para nosotros, aunque iguales ante la Historia. Y la felicidad no es más (ni menos) que el bienestar de vivir con tus sombras, no la ausencia de éstas. *Colección de sombras* refleja a la perfección el valor de reunir las sombras y mirarlas frente a frente en el más difícil de los ejercicios de introspección. Tras ese punto de inflexión, a los que muchos tardamos en llegar (otros ni siquiera lo conocerán), comienza la Nueva Era: la era de la conciencia, de la reflexión, del orden; y de continuar avanzando ya conscientes de lo aprendido y siendo los únicos en manejar los hilos de este títere, nosotros mismos, que es lo único que en realidad poseemos.

Como la canción de Julieta Venegas, “el presente es lo único que tenemos, el presente es lo único que hay”, el poeta admira y vive el presente sin culparse por el pasado, sin preocuparse por el futuro. Brinda por el pasado y por todo lo que trajo al presente: conocer a alguien, disfrutar de las pequeñas cosas de la vida y descubrir nuevas formas de amar a alguien (“quién te iba a decir que crearías/ un vestido de fiesta para las cosas de siempre”). La filosofía del *carpe diem* irrumpe sutilmente animándose a sí mismo a subir peldaño a peldaño la escalera de la vida y pasar de las sombras al sol (“donde el fuego se vive/ sin pensar en cenizas”)

Sin embargo, y haciendo honor a su condición humana, deja que el hastío, señal de que estamos viviendo, permanezca latente y sin control. Hastío del hastío que, sin incurrir en grandes esfuerzos por evitarlo, es ensalzado como masoquista que adora vivir entre las sombras. La contradicción, la antítesis posterior a la tesis y previa a la síntesis, la que nos hará resurgir de las cenizas, toma forma en el contraste entre la filosofía del “aquí y ahora” y la inmersión voluntaria en el laberinto del pasado. Perderse entre valoraciones inútiles y ahogarse en consecuencias que sólo pueden ser negativas es como la recaída del adicto, pues somos adictos al dolor cuando aún no hemos tenido el coraje de enfrentarnos a nuestras sombras; cuando aún no nos otorgamos el derecho a estar bien. Y lo mismo sucede en el amor: el hurgar en las sensaciones de añoranza y el deleite de la nostalgia prevalece ante los placeres presentes (“Ante mí estás, mujer, mas yo te sueño”) Vivir según las exigencias externas (y no internas) favorece la

dependencia emocional que perdura y es mantenida por esa seguridad tranquila e infeliz que proporciona; ese amor acostumbrado, desprovisto de pasión, al que sólo se evoca en la distancia, en los momentos en que la seguridad en nosotros mismos y el mundo patina (“Alegría y tristeza van unidas,/ lirio tu cuerpo fiel, negra tu ausencia,/ en esta sinrazón que vivo y muero”)

Resultado de la pugna interna, se desatan las guerras. Guerras emocionales que no son nada para la Humanidad y lo son todo para los humanos en algún momento de su vida. Enfrentamientos emocionales que avivan esa ansiedad indeseada que conduce al desastre de huir “sin rumbo fijo” y que nos lleva de nuevo a los brazos de la costumbre y al recuerdo de lo vivido (“Todo es olvido de siempre y de hace poco”) Solo las guerras históricas hirieron a la naturaleza, inocente de toda intención, mientras los conflictos personales sólo son capaces de herir nuestro endeble caparazón. En el camino del aprendizaje se cruza de nuevo el hastío de la espera, de ver la vida pasar con la esperanza de que algo cambie..., con el miedo de que algo cambie. Y la eterna lucha contra el reloj, esa relación amor-odio que nos recuerda toda la belleza que hemos vivido, todo lo hermoso que no podremos ver.

En el transcurrir de lo cotidiano, hay lugar para el placer, ése que siempre perseguimos, que es nuestra razón de ser y para el que dirigimos infinidad de estrategias. Toda persona desea estar bien y lucha para ello. Ése es el objetivo último del ser humano y por ocultarlo, a veces, enfermamos. Buscamos mil maneras de obtener placer y dos mil más en ir en contra de esa búsqueda. Pero en nuestros momentos de soledad, cuando estamos frente a frente con nosotros mismos y nuestras sombras, encontramos la manera de descansar, de expresar nuestros deseos y mostrar nuestra parte más brillante y genuina, llenando la nada de la soledad con la más real de nuestras verdades. Vuelve el tema del amor, pero en este caso, amor pasional, natural y salvaje (“Nada valen los versos/ las hermosas canciones/ los sueños más despiertos/ que eternizan las noches,/ nada aquí ante la inmensa/ realidad del abrazo”) donde se olvida por fin el atormentado pasado para centrarse en el efímero aunque enriquecedor presente (“Rostro accesible cálido/ no de imagen y ensueño”) En “Canción con estribillo por una francesa” llega a su cúspide el amor furtivo y fugaz, donde el placer orgulloso y sin remordimientos es el único protagonista: la vida real se antoja ahora una sombra que solo se destruye cuando cae la noche y comienza la dulce lujuria del “trote del amor”.

Junto a ello, la música: poderosa aliada que, inalcanzable e intangible, empuja al terror de dejarse llevar a dar un paso más, a guiarse por la conciencia, por los deseos, y curar. En los momentos de cansancio, cuando lo único sanador es descansar, las notas musicales y los instrumentos, exentos de enjuiciamiento, ayudan al poeta a destapar su verdad y a dejarse llevar por el sosiego. Nunca una evasión de la realidad fue tan real (“Es posible que las cenizas supervivientes/ del último incendio del deseo/ se engañen a sí mismas y nos ofrezcan/ la mezquina evasión del par o impar,/ del rojo o negro”). El poeta consigue así reflejar la fortaleza de las personas para enfrentarnos a nuestros miedos, pero también nos muestra cómo podemos servirnos de determinadas herramientas (como la música o el juego) para conseguirlo plenamente: la música como la compañera perfecta en la aventura de crecer como persona, el juego como el refugio de los impulsos.

Los sonetos como oda al amor embellecen el paisaje poético. Amor al pasado y a la nostalgia en “Recuerdo”; el amor tranquilo, maduro y estable en “Sueño de amor”; el amor irremediable en “Destino”; amor eufórico y casi enfermizo en “Adicción”; amor en ciernes, amor esperanzado de amor en “Cárcel de amor”. Amor. Y la timidez femenina ante el amor, el recogimiento en “Voz debida” (“Antes de ser suspiro,/ mucho antes de ser labio,/ ya había sido beso/ allí dentro del alma”) El temor de regalar un beso, de no saber su naturaleza o su intención cuando, en realidad, la intención no es más que esa: besar, y esos besos nacen sabiendo amar porque son su razón de ser. Entre las letras de estos poemas encontramos, no solo la necesidad que tiene el ser humano de amar y ser amado, sino también cómo esta necesidad se ve influida por las vicisitudes de la vida, terminándose muchas veces por ocultar. Toma aquí el autor el concepto amor como acotado a un amor de dos, de pareja, de amante, lo que indica tal vez que dicho concepto ocupa uno de los lugares más elevados en su escala de valores.

Entre relatos de lo que parece ser una vida sencilla aunque llena de viajes, lugares y anécdotas que nos describe en forma de versos, se nos muestra la descripción de lo que ya ha pasado; explica el recuerdo que se cree real pero que no es más que una imagen distorsionada de lo que fue: un lugar oculto donde volcar aquello que quiso que fuera. Y creemos que así fue aunque nos mintamos a nosotros mismos y aceptemos la mentira. (“Déjame que te explique lo trágico de un maullido/ cuando uno sabe que ha perdido su última moneda/ y debe admitir que aún ha tenido suerte”) Mentiras debidas quizás a la

angustia de separarnos del pasado y comenzar a caminar solos, siendo los únicos responsables de nuestro destino. Los cadáveres del pasado albergan todo lo material que hemos ido dejando atrás y que, contrariamente a lo que se pueda pensar, no se quedan vacíos, sino que contienen metafóricamente y en forma de recuerdos, todo aquello que fue, que un día sirvió y que hoy llena nuestra alma insaciable de pasado.

Sin embargo, vuelven de nuevo a surgir las luces de las sombras. Vuelve la madurez y la valentía de saber que se ha aprendido; aprendizaje que te da la experiencia (que no los años) y gracias al cual el autor sabe endulzar con maestría y un toque de humor las vivencias que acaecen (“Llega un momento/ en el que hay que elegir./ O continúas sentado/ o cedes tu sitio/ a la señora embarazada”). El humor se muestra quizá como reflejo de relatividad donde antes había absolutismo, cerrazón, volviendo de nuevo a la no preocupación por el pasado y centrarse en vivir aquí y ahora.

Colección de sombras. Colección de pensamientos y de imágenes oníricas, llenas de significado y vacías de la nada, que conforman el maduro proceso de introspección de un hombre. La poesía es el instrumento con el que se trata de dar sentido a la parte animal y no salir así espantados (“Instantes que al fin no son sino locuras/ de niño o ángel precipitado y maldito,/ aunque alguien las bautice de poesía”) Poesía incluso como arma de quienes son indomables o carecen de identidad, como reza *Meeting*.

Al fin y al cabo las palabras de un poeta son el máximo exponente de nuestra conciencia humana a las que sólo se exponen aquellos que tienen la valentía de aceptar su vulnerabilidad.